

VIOLENCIA ESCOLAR, BULLIYNG Y SOCIEDAD EN CONJUNCIÓN PERMANENTE

Resumen

La violencia social es parte de la vida cotidiana de la sociedad en la que vivimos y en consecuencia se replica en los planteles escolares. En el mundo de vida, esta violencia se interioriza, se tolera y se queda impune. Sin embargo, la violencia social que se replica en los centros escolares se criminaliza y en vez, de asumir que la escuela es un centro formativo, en el que los niños y adolescentes deben aprender a convivir en sociedad, se escandaliza y se pretende penalizar con la aplicación de leyes particulares. En efecto, es urgente, sustituir en las escuelas, la cultura del control, hoy dominante, por la cultura de la convivencia democrática; para lo cual el primer paso es el reconocimiento de los problemas de violencia que existen: la violencia reconocida, la violencia invisibilizada y el bullying, entre otros. Es importante diferenciarlos, no reducir el problema al bullying, como si el problema de la violencia, se centrará en el comportamiento de unos cuantos niños. Por otro lado, desarrollar una cultura de la convivencia, como un modo relacional dominante, necesita no sólo de buena voluntad, sino es una tarea formal de todos los actores que intervienen en la comunidad escolar, que requiere del conocimiento especializado.

Palabras clave

Violencia escolar, centros escolares, cultura del control, bullying, cultura de la convivencia.

Abstract

The social violence is part of the daily life of the society that we live in, and, consequently, it is reflected in schools. In everyday life, this violence is internalized, is tolerated and goes unpunished. However, the social violence that takes place in the school centers is criminalized and, instead of assuming that the school is a formative center where the children and adolescents have to learn to coexist in society, it causes shock and it is penalized by the application of particular laws. It is, indeed, urgent to replace in the schools the culture of control, today dominant, with the culture of democratic coexistence; to that end, the first step is the recognition of the problems of violence that exist: The recognized violence, the invisible violence and bullying, among others. It is important to differentiate them and not to reduce the problem to bullying, as if the broad problem of violence was focused on a few children's behavior. Besides this, developing a culture of coexistence, as a dominant relational mode, requires not only good will, but it should be conceived as a formal task of all actors involved in the school community, which requires specialized knowledge.

Key words

Scholar violence, schools, culture of control, bullying, culture of coexistence.

Introducción

Las noticias cotidianas hablan de violencia en el entorno cercano a los ciudadanos, carreteras tomadas, vándalos en las calles de la ciudad atacando comercios, maestros incendiando locales, rompiendo vidrios, aventando piedras a las cabezas de los policías desarmados, destrozando coches con picos, palos y piedras; seudo estudiantes tomando instalaciones universitarias con violencia y, ante todo ello, la pasividad de las autoridades, declaraciones, noticias, pero nula aplicación de la ley. A la vez, en paralelo, en los mismos espacios se habla de la necesidad de votar una ley que se aplique a niños, de 7 a 17 años, que acuden a centros escolares de enseñanza básica –primaria y secundaria– a formarse, a socializarse en formas relacionales de la sociedad, por burlarse de un compañero, por pelearse entre ellos, por ofender a

otro. Y se les califica de agresores, víctimas y cómplices si no denuncian a sus compañeros, es decir, se criminalizan acciones cotidianas de los niños que están en instituciones que les enseñan a regularlas, a controlarlas.

En primera instancia, podría parecer que se trata de una reacción lógica. Ante tanta violencia en la sociedad, se pretende actuar de raíz y prevenir la violencia posible castigando, señalando, estigmatizando a los futuros ciudadanos, desde niños, con lo que supuestamente se obtendrán resultados distintos. Sólo un problema hay, la función social de la escuela básica es socializar, formar, instruir, educar a los niños y adolescentes para que interioricen, adquieran, conozcan y manejen hábitos, formas relacionales, conocimientos que después, como adultos, les permitan ser ciudadanos útiles a su sociedad. Entonces, ¿cómo entender que la sociedad tolere todo los actos vandálicos cometidos por adultos y quiera castigar a niños y adolescentes en proceso de formación?

La violencia en las escuelas es, en efecto, un problema que requiere atención, pero lo primero es dejar de escandalizar a la sociedad con lo que sucede en ellas y reconocer que en las escuelas se reproduce la violencia de la sociedad. Sin duda, en una escuela hay múltiples problemas pues se trata de una comunidad constituida por niños y jóvenes; lo importante es detectarlos, limitarlos y atenderlos, no como se hace hoy, convirtiéndolos en escándalo en los medios. Los medios han reducido la violencia al bullying, considerándolo como una acción extrema en la escuela, ejercida por un niño en contra de un compañero en particular y que, se dice, lleva a la víctima al suicidio. De ser así, estaríamos hablando de niños asesinos más que del problema de violencia en las escuelas.

Con el término bullying se etiqueta cualquier violencia entre compañeros, se oculta su significado real y se desvía la atención del problema de la violencia social reproducida en las comunidades escolares, por formar parte de una sociedad en que la violencia es parte de la estructura y de la vida cotidiana, y se adjudica la responsabilidad de ello a un niño, en proceso de formación, que repite lo que ve en el mundo que le rodea.

La violencia en las escuelas

Vemos la violencia, con Juliana González, como una fuerza que impone, que arrasa, "indómita, extrema, implacable, avasalladora, poder de oposición...se revela... como signo de impotencia, de insensibilidad, de decadencia de la vida."(Sánchez, 1998). La violencia está presente en toda sociedad, hasta hablamos, siguiendo a Weber, de una "violencia legítima", Lo grave en una sociedad como la nuestra es convertirnos en una sociedad de control, en contradicción con el discurso en el que afirmamos que buscamos ser una sociedad democrática.

La violencia se aprende en la cotidianidad, desde una estructura de desigualdad donde imperan la violencia social, las relaciones de dominio y sumisión que manejamos tan bien. La violencia individual como expresión personal, reconocida o no, es sólo una expresión más del mundo violento en el que vivimos. Por ello, es imposible que en las escuelas no haya violencia, éstas, como institución social, sólo reproducen a la sociedad de la que forman parte. Lo alarmante es cuando se niega este hecho, o cuando se pretende escandalizar con los problemas que se dan en las escuelas.

La violencia escolar no es un asunto exclusivo de los alumnos: tiene que ver con la organización institucional y con otros actores sociales. Las estructuras institucionales, de la que forman parte los planteles de las secundarias y a la se deben los funcionarios y los maestros, configuran formalmente de manera impersonal las categorías dominantes de la vida escolar. Por supuesto, la manera de operar y cumplir con la estructura, por parte de los funcionarios y maestros, está entrelazada en sus interacciones cotidianas de acuerdo con construcciones intersubjetivas colectivas de lo que suponen que se espera de ellos.

En este sentido, las acciones procuradas con mayor frecuencia por los funcionarios de los planteles son las que contribuyen a mantener en orden el funcionamiento de la escuela e *invisibilizar* los problemas que pudieran surgir. Aparece así una cultura del control –de dominio y sumisión– como forma de administración escolar. Así, el desorden, la desviación, el conflicto producto de la interacción cotidiana se convierten en los problemas a los que se dedica mayor esfuerzo en los centros escolares y no al proyecto formativo y de desarrollo de educandos.

En una cultura del control (Álvarez Massi, p. 289) los problemas son eventualidades, anomalías que deben ocultarse y se diluyen si nadie los conoce; para lo cual se recurre a la imposición, al silencio, a la invisibilidad. Es decir, una cultura del control como estrategia directiva es violencia institucional: se impone desde los gritos, las amenazas, los castigos, las represalias, los reportes, las expulsiones y las exclusiones. En cambio, una cultura democrática considera los problemas como parte normal de la cotidianidad, piensa en el reconocimiento de los problemas como una fortaleza y promueve la participación de todos los involucrados, para resolverlos. Una cultura democrática como estrategia directiva forma a los alumnos en la convivencia y la democracia.

Algunos datos

En este caso, hablando de violencia, el primer paso es reconocerla, no sólo como problema de los alumnos, también como consecuencia del manejo que hacen de ella los adultos. Y aunque hay un tipo de violencia que afecta a funcionarios y profesores, en este artículo no trataremos ese tema. En efecto, cada día un mayor porcentaje de alumnos la reconocen y la rechazan, hace diez años casi 80 por ciento de los estudiantes afirmaba que en sus escuelas no había violencia. En ese sentido hemos avanzado pues ahora el problema se reconoce mayoritariamente por todos los actores de las comunidades. Sin embargo, nuestra preocupación mayor es el número de alumnos, alrededor de una tercera parte del total, que aseguran que en su escuela nunca hay violencia. Suponemos que algunos están tan familiarizados con ella que no son capaces de mirarla, seguramente otros la niegan aunque la perciban.

Otro de los problemas de la violencia en las escuelas secundarias públicas es la marginación, alrededor de cinco por ciento de los estudiantes, ya sea por problemas de interrelación, de aprendizaje o económicos, se sienten rechazados e incómodos en la escuela. La violencia no siempre es evidente, no obstante marginar a alguien, ignorarlo, no tomarlo en cuenta, no incluirlo en los equipos de trabajo es muy agresivo para quien lo vive, es violencia no reconocida y puede tener consecuencias importantes en su vida. Por supuesto, los estudiantes con problemas de marginación en la escuela tienden a pensar constantemente en abandonarla y tarde o temprano algunos de ellos lo hacen, situación que origina problemas más graves tanto para ellos como para la sociedad. Hay otro indicador que me preocupa, la mayoría de los estudiantes de la

secundaria prefiere estar en su casa o en otro lugar, antes que en la escuela, la cual debería ser un espacio de realización para la mayoría de ellos y no lo es.

La violencia en las escuelas secundarias es cotidiana y es parte de la dinámica que se vive día a día. Hay algunos abusos de autoridad frente a incumplimientos de los alumnos a lo que, con frecuencia, ellos responden en forma agresiva, lo que da lugar a círculos viciosos de faltas de respeto. Los maestros gritan, los alumnos también, algunos juegan a golpearse y esto, a veces, se convierte en pleito. Cuando se calman, las participaciones en clase se corean con voces de rechazo, de burla, de escándalo; las transgresiones por parte de los alumnos a cualquier indicación son festejadas por el resto del grupo. Por temporadas, los juegos sexuales son también parte de la cotidianidad en los salones de clase, los estudiantes al pasar se tocan entre sí los senos o los genitales, todo entre risas y juegos, hasta que alguno se enoja.

Las cosas cambian de dueño cotidianamente y no se denuncian como robos, sino como "cosas perdidas", salvo cuando se trata de dinero. El cinismo, la burla y las humillaciones son parte de las interacciones en los salones de clase, así como un lenguaje soez, plagado de groserías. Todo ello, en un ambiente de "normalidad" y "tranquilidad". Por supuesto, no todos los alumnos son actores de este tipo de hechos; además, al preguntar, en algunas encuestas, a chavos de secundaria sobre el ambiente en sus salones, contestan que hay respeto en ellos; sólo reconocen los comportamientos aquí enunciados, cuando éstos se desagregan, entonces caen en la cuenta de que no hay tanto respeto como creían. Esta situación demuestra la gran importancia del trabajo directo con ellos. Asimismo, hemos encontrado que los problemas de violencia escolar afectan más a niños que son mayores o menores del promedio de edad de la población escolar.

Por otro lado, los castigos, los reportes, las amenazas y suspensiones se convierten en instrumentos de control, que sólo a veces funcionan, pues en general son actos tan reiterados, que pierden su posible efectividad. Citar a los padres es una medida común cuando un niño, por ejemplo, tiene tres retardos o se pelea o va mal en algunas materias o lleva el pelo largo, se hizo una perforación o altera en algo el uniforme. Con frecuencia llamar a los padres es una pretendida acción de traslado de responsabilidad, a ellos se les exige la solución del comportamiento del estudiante, y esto da lugar a tensiones y enfrentamientos entre los padres y la escuela. El hecho es que sólo en algunos casos se trata de enfrentar los distintos problemas de manera colaborativa.

Además están los casos graves, aunque no son los más comunes: distribución y consumo de drogas, cortadas en el cuerpo, aislamiento, portación de armas, problemas de orden sexual, que se ocultan y silencian más que ningún otro, presencia y control de alguna banda de la zona al interior del plantel y bullying, entre otros. También existen problemas, que pueden o no generarse, dentro de la escuela que tienen lugar afuera de ella, por ejemplo, violencia en facebook, pleitos serios, personales o de bandas en el entorno de las escuelas, sexting.

El bullying una particularidad

Profundizando en el bullying, es indispensable darle su justa dimensión. Según la teoría de grupos, en todo grupo hay uno o varios miembros más débiles y vulnerables que otros; en general, la debilidad

emana de algún rasgo que los hace diferentes del resto del grupo, ello los convierte en potenciales destinatarios de bromas pesadas, golpes, exclusión ocasional; pero esto no es bullying sino una dinámica que sucede de manera "natural" en cualquier grupo social. Por su supuesto, racionalmente, hay que trabajar con estas situaciones, sobre todo en las escuelas, y propugnar por la igualdad en los grupos. Cuando estas situaciones se vuelven extremas, estamos frente al bullying, se trata, entonces, de un acoso constante "durante un período largo y repetidamente", dice Olweus, un proceso ininterrumpido en el que hay una intención de herir, de dañar al otro, una relación psicopatológica entre la víctima y el agresor.

Freud habla de una pulsión del apoderamiento y dominio donde la crueldad es patológica. El "bully" tiene necesidad de dominio y poder, se siente superior al otro; el "bullied" es inseguro, tímido, poco participativo, por ello enganchan. Esta relación requiere de tratamiento oportuno y especializado, el bullying es peligroso. El niño "bully" suele no sólo dominar a algún compañero en particular sino también controlar al maestro y a otros compañeros, quienes comenzarán a imitar su conducta. Es indispensable detectar y atender el bullying con oportunidad. Se requiere también la participación de los padres de los chicos involucrados en estos procesos, pues las personalidades involucradas en el bullying se gestan en las relaciones paterno filiales y fraternales.

Ahora bien, no podemos utilizar el término bullying para cualquier tipo de violencia escolar, se trata de problemas diferentes que requieren de tratamientos distintos. Tampoco debemos pensar que la criminalización de variados comportamientos acabará con una serie de expresiones de violencia socializadas en los grupos escolares. Lo importante es trabajar en la familia, en la escuela y en la sociedad toda, para desarrollar una cultura de convivencia democrática fundada en la socialización de habilidades relacionales contrarias al desarrollo individualista, basado en la competencia y en la falta de límites.

Consideraciones finales

Como hemos expresado, la escuela es una institución reproductora de la sociedad a la que pertenece y, desde allí, prepara y socializa para vivir en sociedad. Por ello la escuela, en tiempos de descomposición social, tiene necesidad de reforzar su quehacer con programas especiales para reorientar sus fines. Es muy importante que existan respuestas institucionales a las particularidades del contexto en el que se desenvuelven; la atención profesional y especializada a lo social, a lo relacional, a los vínculos entre los diversos actores sociales, tiene que ir en paralelo con la instrucción y formación; los equipos de trabajo multidisciplinarios han de operar como tales: los funcionarios, los maestros, los trabajadores sociales, los psicólogos, los orientadores, el personal de apoyo, todos, desde el ámbito de su competencia –no desde lo administrativo, sí desde lo sustantivo– deberán transformar los ambientes escolares dominantes hoy en comunidades de convivencia.

Crear ambientes de convivencia escolar significa una transformación de la mirada, hoy prevaleciente, transitar de la cultura del control a una cultura democrática en la que el desarrollo integral del sujeto esté en la base de la educación del estudiante. Se puede trabajar con el marco de Convivencia Institucional, pero es necesario no verlo como instrumento de control, sino como un proceso largo y profundo que favorezca el desarrollo de habilidades sociales como el diálogo, la escucha, la discusión, la comprensión, la generación de acuerdos, de consensos. Suena bien, pero no es lo que sabemos hacer: nos da miedo,

preferimos la imposición. Avanzar en una cultura de la convivencia como modo relacional preferente en los centros escolares revela una ruptura con el modo de la violencia dominante en nuestra sociedad.

Sería un grave error pensar en una cultura de la convivencia como un hecho aislado y producto de la buena voluntad de los actores involucrados. Se requiere voluntad y decisión, sí, pero también conocimiento para desencadenar intencionalmente una serie de procesos que sustituyan, en la construcción social, a los hoy dominantes de desigualdad, de marginación, de individualismo, de desconfianza, de falta de respeto a la dignidad humana, de desacuerdos, de incapacidad de dialogar.

Trabajar en la construcción de igualdad en las comunidades escolares ha de tener, como punto de partida, una deconstrucción de lo que hoy entendemos por igualdad, aceptación de la diferencia, respeto, comunicación, dialogo, confianza.

No se trata de imponer esos procesos y que se desenvuelvan como algo externo a quienes han de ejecutarlos, sino de lograr una apropiación de nuevas formas relacionales desde lo que Habermas llama "acción orientada al entendimiento" (Serrano, 1994), desde una construcción social lograda a partir de la interacción racionalmente coordinada y consensada, en la interacción misma, por los sujetos participantes. Alcanzar lo que proponemos significa que los estudiantes se interrelacionen en espacios en que puedan desenvolverse como sujetos y no como depositarios, diría Freire, de la educación.

"La sociedad del conocimiento y de la comunicación no es la sociedad en la que vivimos todos los seres humanos, a pesar de los desarrollos tecnológicos y de la información que conforma nuestro entorno. Información y conocimiento, tecnología de la comunicación y comunicación humana no son sinónimos. Lo deseable es que esta sociedad y la cultura sean sociedades del conocimiento y de las comunicaciones y no sólo de la información y de la tecnología. Pero para ello es necesario que cada uno de nosotros y todos conjuntamente estemos en condiciones de conocer y de comunicar y de comunicarnos".(Martínez, p79)

La apropiación de la nueva racionalidad supone el reconocimiento del otro –no importa si es menor, estudiante, empleado o directivo– y, por tanto, el reconocimiento de uno mismo. "La autoposesión exige como condición necesaria, aunque no suficiente, la autoestima del sujeto, la conciencia de que puede tener distintos proyectos capaces de ilusionar y que cuenta con capacidades para llevarlo a cabo" (Cortina, 1999). Este reconocimiento conforma una identidad no sólo personal sino colectiva, en un ambiente regulado, autocontrolado, normado por la aceptación de formas de operar más o menos válidas para toda la comunidad.

Suponemos que funcionarios, maestros, empleados, estudiantes y padres de familia interactúan en forma coordinada siguiendo normas de funcionamiento aceptadas colectivamente, que igualan las oportunidades de todos, para contribuir a alcanzar los fines institucionales y personales que a todos interesan. La diferencia es intentar controlar la violencia y los comportamientos destructivos asociados a ella o desarrollar habilidades que posibiliten la existencia de comunidades de convivencia propicias para el aprendizaje y el desarrollo del conocimiento.

Bibliografía

ÁLVAREZ MASSI, Pedro. "Una educación experiencial para desarrollar la democracia en las instituciones educativas". En: Educación, Valores y Democracia. (2da ed). Madrid. Organización de los Estados Iberoamericanos, 1999. P. 271-306

CORTINA, Adela. "La educación del hombre y del ciudadano". En: Educación, Valores y Democracia. (2da ed). Madrid. Organización de los Estados Iberoamericanos, 1999.p. 49-74.

GONZÁLEZ, Juliana. "Ética y violencia (la vis de la virtud frente a la vis de la violencia)". En: El mundo de la violencia. (ed).México. Fondo de cultura económica, 1998. p. 139-145.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, "La educación moral: una necesidad en las sociedades plurales y democracia". En: educación, valores y democracia. (2da ed) Madrid. organización de los estados iberoamericanos, 1999 P. 75-106.

SERRANO GÓMEZ, Enrique. *Legitimación y racionalización*. México. Universidad Autónoma Metropolitana –Iztapalapa, 1994. 302 p. ISBN: 84-7658-418-0.